



Julián del Olmo
Dolores Aleixandre, RSCJ
Mons. D. Juan María Uriarte
Francisco Javier de la Torre
Arturo Fuentes
Laura Steegmann
Patricio J. Fuentes
María Pilar Martínez
Daniel Santos
Jesús María Ruiz, MI

*Ilustraciones
de Javier Prat*

Diez miradas sobre Camilo de Lellis

FRANCISCO ÁLVAREZ, MI
JOSÉ CARLOS BERMEJO, MI (EDS.)




SALTERRAE

Diez miradas sobre Camilo de Lellis

Colección «SERVIDORES Y TESTIGOS»

141

Francisco Álvarez, MI
José Carlos Bermejo, MI (eds.)

Diez miradas
sobre
**Camilo
de Lellis**



SAL TERRAE

SANTANDER – 2013

© 2013 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Tfno.: 942 369 198 / Fax: 942 369 201
salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

Imprimatur:

✠ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
08-03-2013

Diseño de cubierta:

María Pérez-Aguilera
www.mariaperezaguilera.es

Ilustraciones:

Javier Prat Cambra

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida, total o parcialmente,
por cualquier medio o procedimiento técnico
sin permiso expreso del editor.

Impreso en España. Printed in Spain

ISBN: 978-84-293-2066-4
Depósito Legal: SA-128-2013

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)
www.grafo.es

Índice

Presentación

FRANCISCO ÁLVAREZ, MI 7

1. La mirada de un periodista
Conversación con Camilo en el Hospital de los Incurables
«Los enfermos son nuestros amos y señores»
JULIÁN DEL OLMO GARCÍA 11
2. La mirada de una biblista
«Ese hombre eres tú»
Un samaritano llamado Camilo
DOLORES ALEIXANDRE PARRA, RSCJ 27
3. La mirada de un obispo
Camilo de Lellis: la fuerza de un carisma
✠ JUAN MARÍA URIARTE 43
4. La mirada de un experto en la ética del cuidado
Con el orinal en la cintura
Camilo de Lellis y el cuidado humano
JAVIER DE LA TORRE DÍAZ 63
5. La mirada de un médico
Camilo: creador de una nueva escuela de caridad
ARTURO FUENTES VARELA 79

6. La mirada de una enfermera Una vida de relaciones afectivas, delicadas y tiernas LAURA STEEGMANN PASCUAL	93
7. La mirada de un gestor de un centro sociosanitario La gestión a la luz de Camilo de Lellis PATRICIO JESÚS FUENTES MALTÉS	107
8. La mirada de una persona con diversidad funcional Camilo y la diversidad funcional Un nuevo concepto de salud MARÍA PILAR MARTÍNEZ BARCA	121
9. La mirada de un joven «Algo más que perder una camisa» DANIEL SANTOS MÍNGUEZ	141
10. La mirada de un religioso camilo La otra Capilla Sixtina Orgullo filial JESÚS MARÍA RUIZ IRIGOYEN, MI	155
<i>Epílogo</i> Camilo y el juicio final JOSÉ CARLOS BERMEJO, MI	169
<i>Los autores</i>	178

Presentación

FRANCISCO ÁLVAREZ, MI

«Diez miradas»...

Amigo lector: tienes en tus manos un libro escrito, por primera vez en cuatrocientos años, desde diez miradas simultáneas. ¿Cuáles? Ante todo la suya: la de Camilo. De hecho, su conversión, muy valorada por todos los autores, consistió sobre todo en el cambio de su mirada, de su manera de mirar.

La transformación de la mirada de Camilo de Lellis remitió y sigue remitiendo a una dimensión esencial en la historia de la salvación: la mirada de Dios y, en segundo lugar, a la vida total de Camilo y, de forma especial, a su servicio como expresión de sus miradas y como fuente de una nueva salud vivida y transmitida eficazmente.

En ambas fuentes había y sigue habiendo un motivo para invitar, como hemos hecho los religiosos camilos, a diez colaboradores, cuya respuesta es fruto de su buena mirada sobre Camilo y sobre la fuente o raíz bíblica de la suya.

«Y vio Dios que todo era muy bueno...» (Gn 1,31). En efecto, la historia de la salvación ha de ser vista también como la historia de las miradas de Dios.

La Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, las pone de relieve. Pensando en Camilo y en su espiritualidad/ministerio, es oportuno comenzar por la mirada de Gn 1,31. En ella, el hombre y la mujer son invitados a considerarse no solo obra de Dios sino, sobre todo, fruto de una visión divina amorosa, materna y paterna.

El Creador, que no tenía cuerpo, nos enseña desde el comienzo de su revelación a vivir la condición humana visible, a través del cuerpo, creyendo en su visión. Esta adquiere la gran novedad en el Nuevo Testamento. Jesús asume y dignifica la condición humana, ante todo con la aceptación del cuerpo. Verlo como él lo vio, y vivirlo como él lo vivió, nos lleva a aceptarlo siempre, a convertirlo en lugar de encuentro con los demás, a vivirlo asociado al don de la vida propia y ajena, a entregarlo solidaria e íntegramente al servicio, a integrarlo (hasta la superación y la perfección) en el propio proyecto de vida evangélica.

Desde esta perspectiva se entiende mejor por qué la historia de la salvación y las intervenciones salvíficas de Dios, donde y cuando aquello «que era muy bueno» estaba en crisis, son revelación especial de la sensibilidad amorosa de Dios.

«Ha mirado la humillación de su sierva» (Lc 1,48). La mirada de Dios hace madre del Salvador a María, y nos ayuda a comprender y a situar en el centro de la acción saludable y salvífica de Cristo las afirmaciones: «Estuve enfermo y me visitaste, hambriento y me diste de comer, desnudo y me vestiste...».

En este libro recurrimos a san Camilo como un gran ejemplo y educador de nuestra mirada. Desde esa luz, bíblica y camiliana, los autores ofrecen múltiples lecturas actuales.

La transformación de la mirada de san Camilo se expresa con actitudes bien concretas, partiendo de la dignidad y de la belleza de la condición humana. Camilo, además de identificarse con los enfermos, veía en ellos al mismo Señor. ¿Es fácil ver a Cristo en cualquier enfermo? ¿Pedirles perdón como al Señor? La de Camilo era y sigue siendo una mirada que abarca e integra todo. También el cuerpo. De tal manera que, en sus tiempos, en vez de dar cumplimiento tajante a la normativa vaticana que exigía que el servicio al enfermo en su ingreso hospitalario comenzara por la confesión, optaba por la acogida y la atención elemental al cuerpo (a su higienización inicial, a su comida...). Un cambio radical en la mirada.

Nadie debería ver en ello una especie de idolatrización del cuerpo y de la salud. Ver y servir a Cristo en el cuerpo del en-

fermo significa ser agentes y promotores de la salud que Jesús ofreció.

En Camilo de Lellis, haciéndose portavoz de la fuente bíblica, la atención al cuerpo del enfermo no transformaba la «fealdad» en belleza, ni su gravedad en regalo. Remite más bien a una visión diferente del cuerpo y de la salud. El cuidado del cuerpo que Camilo realiza, remite a la historia personal de salvación del propio enfermo. Una salvación que tiene siempre una dimensión o eficacia saludable para todas las dimensiones o elementos constitutivos de la persona.

La mirada de Camilo a los enfermos construye y aporta salud no solo al cuerpo, sino también a las relaciones. De hecho, es capaz de convertir el servicio en obra de arte y la gran sala del Hospital del Santo Spirito en «Capilla Sixtina», en expresión de genuina belleza relacional, verdadero y admirable arte para quien encuentra en él un referente humanizador para todos los tiempos.

Agradezco de corazón a los autores que han mirado amablemente a Camilo de Lellis y nos regalan su mirada, porque reflejan, desde su vida y su profesión, el modelo evangélico de la salud vivido y transmitido por Camilo, por este gigante del amor y del servicio. Entre ellos hemos querido que se encontrara desde un obispo a un joven, pasando por un periodista, un médico, una enfermera, una persona con diversidad funcional, un gestor, un experto en la ética del cuidado, una experta en Sagrada Escritura y, cómo no, algún religioso camilo.

Amigo lector, gracias por acoger estas páginas y que disfrutes de su lectura. Que te transformen también a ti la mirada hasta hacerla más humana para que, encontrándote también tú con la fragilidad humana –propia y ajena– consigas poner, como dijera san Camilo, «más corazón en las manos» y... en tu mirada.

1

La mirada de un periodista

Conversación con Camilo
en el Hospital de los Incurables

«Los enfermos son nuestros amos y señores»



JULIÁN DEL OLMO GARCÍA



UN amigo, que tiene un profundo olfato periodístico, me dijo un día: «Julián, cuando vayas a Roma tienes que ver a Camilo de Lellis. Merece la pena que lo conozcas. Es un tipo excepcional y su vida y su obra son apasionantes». Me picó la curiosidad y le prometí que lo haría.

Estando de visita en Roma me acordé de la promesa que le hice a mi amigo y fui en busca del personaje en cuestión. La dirección que tenía me llevó al Hospital de Santiago de los Incurables (San Giacomo). El nombre o, mejor, el apellido del hospital me puso en alerta roja. Pensé: «Seguramente que este hombre padece alguna enfermedad contagiosa». A estos hospitales acuden enfermos afectados por sífilis, tuberculosis, peste, sarna...

– *Por favor, ¿dónde puedo localizar a Camilo de Lellis?* – pregunté en recepción.

– En la segunda planta, en el pabellón de infecciosos – respondió el portero.

Subí lentamente las anchas y desgastadas escaleras observando a las personas con las que me cruzaba. ¿Curiosidad o cierta prevención? Seguramente ambas cosas.

– *¿Camilo de Lellis?* – volví a preguntar.

– Ese es – me dijo un joven con cara de tísico, señalando a un hombretón de casi dos metros de alto, con hábito negro, sangrado el pecho con una cruz roja.

Estaba claro que no era el enfermo que yo había imaginado. Antes de saludarle observé con curiosidad sus movimientos. Iba de acá para allá curando a los enfermos con las manos y con el corazón, porque las carencias sanitarias estaban a la vista. Me sorprendió verle cargar sobre sus hombros a un enfermo esquelético que acababan de traer los «carabinieri». Lo debieron encontrar medio muerto en la calle.

Apenas acabó de atender al recién llegado, le abordé en el pasillo:

– *Perdone. Soy un periodista español. Un amigo me insistió en que viniera a verle y aquí estoy impresionado por el trabajo que hace. Me gustaría hablar un ratito con usted.*

– De acuerdo, pero prefiero hacerlo sentado porque tengo una llaga en la pierna y me molesta un poco.

Observé que llevaba vendada la pierna derecha.

Un gran hombre

Nos acomodamos en un desvencijado banco de madera que había en la galería que bordea el patio central del hospital. Las moscas, abundantes y pesadas, se me antojaban un ejército de bacterias preparando su artillería pesada para atacar nuestras posiciones. Me sobrepuse pensando que quienes verdaderamente corrían peligro eran las personas que estaban en contacto directo con los enfermos y este no era mi caso.

Entablamos conversación y enseguida descubrí que Camilo era un hombre con una gran vocación de servicio a los enfermos, un cuerpo grande y un corazón más grande aún. Me dio confianza y aproveché para saber más de su vida.

– *¿Cómo llegó aquí?*

– Por la llaga de la pierna. En honor a la verdad, cuando vine no solo tenía herida la pierna sino también el alma. Mi madre murió cuando yo apenas tenía 12 años y mi padre era un militar que iba de guerra en guerra. Luchó contra los ejércitos del papa Clemente VII. A los 18 años me alisté en el ejército veneciano, junto con mi padre, para luchar contra los turcos. Los dos enfermamos de fiebres tercianas y mi padre murió. Me puse en camino hacia mi casa, en los Abruzos, y al pasar por la ciudad de Fermo me encontré con unos franciscanos capuchinos que atendían a los indigentes y decidí cambiar de vida y seguir sus pasos. Me llevaron al convento de L'Aquila, pero, como no

tenía vocación religiosa y la llaga iba de mal en peor, vine a San Giacomo, un hospital de la Iglesia de Roma para pobres de solemnidad que con el tiempo se ha convertido en mi casa.

Este hombre tiene mucha historia que contar. Siento curiosidad por saber más cosas de él y sigo preguntando:

– *¿Cómo era el Camilo aprendiz de guerrero?*

– Testarudo, jugador empedernido y pendenciero. Luché contra los turcos, participé en la Segunda Armada Cristiana de la Santa Liga, cuyo capitán era don Juan de Austria. Desafié a muerte a otro compañero y, cuando iba a comenzar el duelo, el sargento de la compañía impidió que siguiera adelante. Mi pasión eran las cartas. En Nápoles me jugué la camisa, que era lo único que me quedaba, y la perdí. Mendigaba para sobrevivir y, de nuevo, los franciscanos me rescataron ofreciéndome trabajo en el convento que estaban construyendo en Manfredonia. Transportaba piedras y agua para la obra, pero lo hacía a disgusto porque lo mío era el juego y la guerra.

La caída del burro

– *A la vista está que su vida ha cambiado radicalmente. ¿Qué sucedió?*

– Fue el 2 de febrero de 1575. Tenía entonces 25 años. Iba montado en un asno haciendo un encargo de los frailes cuando, de pronto, sentí como si un rayo cayera sobre mí dando con el cuerpo en tierra. Una luz, como de relámpago, me iluminó por dentro y en un instante pasó ante mi vista la película de mi vida. Impresionado por lo que veía, me puse de rodillas sobre una roca y mis ojos se convirtieron en un río de lágrimas. ¡Qué gran ceguera la mía haber servido a los señores de la guerra y no a mi verdadero Señor, Jesucristo! Pedí al Señor que me diera tiempo para hacer penitencia por haber desperdiciado mi juventud y le hice propósito de cambiar radicalmente de vida. Solicité el ingreso en la Orden franciscana pero con tan mala suerte que el roce del hábito reabrió la mal cura-

da llaga de la pierna. Me expulsaron de la Orden con la promesa de que sería readmitido si mi herida curaba; esto me tranquilizó bastante, porque había prometido morir con el hábito franciscano.

– *¿Cómo reaccionó en este caso?*

– Después de mi conversión y la iluminación que recibí de lo alto, mi valoración de las cosas y los sucesos había cambiado radicalmente. Por eso comprendí que la expulsión era una prueba que Dios me ponía para ver si el arrepentimiento de mi vida anterior era sincero y también para hacer un discernimiento sobre mi pretendida vocación religiosa. Me encaminé a Roma con un doble objetivo: ponerme en tratamiento en el San Giacomo y ganar el jubileo del Año Santo que había convocado el papa Gregorio XIII. Pasé cuatro años en el hospital curándome la llaga y sirviendo a los enfermos. Esta vez, mi estancia en el hospital fue muy distinta de la primera, pues en aquella ocasión me expulsaron porque organizaba altercados y me escapaba para jugar a las cartas con los barqueros del Tíber. Cuando, por fin, se cerró la herida, volví a pedir el ingreso en la Orden franciscana y, de nuevo, con el roce del hábito se reabrió y por segunda vez tuve que dejar el convento. Aún hice un tercer intento de vestir el hábito franciscano, pero se ve que Dios quería llevarme por otro camino y la señal que me daba era la bendita llaga.

Mayordomo del hospital

– *Otra vez en una encrucijada, ¿a dónde dirigió entonces sus pasos?*

– A mi hospital de referencia, que no era otro que el de Santiago de los Incurables. Quería ser útil y pedí trabajo. Me sorprendió que me dieran el cargo de mayordomo. Comprendí que Dios me había traído hasta aquí para que me dedicara plenamente al cuidado de los enfermos. Sin dejar la penitencia, que motivos tenía para seguir haciéndola, mi vida se abrió a la

caridad. Las obras de caridad son como brasas que inflaman mi corazón en el amor a Dios y a los enfermos.

– *¿Cómo valora su paso por la mayordomía del hospital?*

– Como un tiempo de gracia de Dios, de mucho trabajo y de una entrega total a los enfermos para cuidar sus cuerpos y sus almas, que ambos van a la par. A veces faltaba trigo para hacer pan y tenía que ir a pedir por las casas. Organizamos cursos de formación para enseñar a los trabajadores a tratar a los enfermos con respeto y delicadeza, y establecimos el «rito de acogida» a los enfermos cuando llegan al hospital, empezando por lavarlos porque llegan sucios.

Descarga de energía positiva

Podría seguir horas y horas conversando con este hombre, pero la tarde declina y Camilo tiene que visitar a un par de enfermos que reclaman su presencia. Al darle la mano para despedirme, siento una descarga de energía positiva en mi cuerpo y en mi alma, lo que me confirma que este hombre tiene algo especial. Pienso que ha merecido la pena venir a verme. Le prometo que volveré al día siguiente para seguir conversando.

Durante la noche rebobino en mi mente lo que he visto y oído. Por deformación profesional, pienso que hay tema para una película y ¡eso que faltaba la segunda parte!, porque había nacido el 25 de mayo de 1550 y en el relato se había quedado en 1582.

Me llama la atención el papel que desempeñó la llaga del pie (pesada, recurrente, inoportuna, providencial) para que Camilo no fuera franciscano como pretendía. En mi próxima visita le preguntaré qué piensa de la dichosa llaga.

No me sorprende que Camilo fuera escaso de letras porque hace cuatrocientos años en los Abruzos italianos, como en tantos otros lugares, las escuelas brillaban por su ausencia. A esto hay que sumar la situación familiar. Su madre murió cuando Camilo tenía 12 años y su padre cuando acababa de cumplir

18. ¿Qué podía hacer un niño huérfano en aquel tiempo? Jugar y, tan pronto como le fuera posible, alistarse en uno de los múltiples ejércitos para sobrevivir. Es lo que hizo Camilo.

El sueño de Camilo

Al día siguiente volví al hospital con un montón de preguntas en la mente. Antes de encontrarme con Camilo curioseé por distintas dependencias. Ciertamente, el edificio no era un hotel de cinco estrellas.

Saludo a Camilo en el pasillo y me dice que espere porque tiene que atender a un moribundo. En este hospital la muerte no para.

Cuando vuelve, me lleva a su despacho, en el que hay una mesa y un par de sillas. Sobre la mesa, un libro de ingresos y otro de cuentas. Un crucifijo cuelga de la pared. Aquí trabaja y reza.

– *He observado que la atención que se da a los enfermos deja bastante que desear.*

– Ciertamente, ya que la mayoría de los cuidadores son mercenarios y están aquí por el salario que reciben. Los enfermos les importan poco y no solo no cumplen su obligación, que es atenderlos, sino que además los maltratan. Pensé que esto se arreglaría creando una Compañía de hombres piadosos y personas de bien que, voluntariamente y por amor de Dios, sirvieran a los enfermos con la caridad y la amabilidad con las que las madres tratan a sus hijos. Y en ello estoy.

– *¿Con quién ha contado para poner en marcha el proyecto?*

– Primero con Dios, que fue quien me inspiró el sueño. Sin su ayuda todo hubiera quedado en eso: un bonito sueño. Expose la idea a las personas del hospital con las que sentía mayor afinidad caritativa y espiritual y recibí cinco respuestas positivas: cuatro seculares (encargado del ropero, dispensero, boticario y un empleado) y el capellán.

El sueño pudo acabar en pesadilla

La cosa empezó como grupo de trabajo y oración con el único propósito de servir mejor a los pobres, pero surgieron envidias y el grupo fue acusado de querer adueñarse del hospital. Los directores, entre ellos un obispo que luego sería cardenal, les cerraron el pequeño oratorio donde se reunían; pero, como la semilla sembrada había caído en buena tierra, no la pudieron ahogar.

Llegaron a prohibirles que se reunieran, incluso para rezar. Fue entonces cuando decidieron dejar el hospital para llevar a cabo, sin cortapisas, el proyecto de Compañía, tal como Camilo soñaba.

– *Supongo que el hecho de ser un enfermo crónico y la experiencia de tantos años en el hospital le habrán ayudado a perfilar la Compañía.*

– Sin duda. Yo sabía que la enfermedad no es un paréntesis en la vida sino la propia vida y que a los enfermos hay que cuidarlos sobre la base del amor y la caridad. La caridad tiene que ser nuestra razón de ser y nuestra manera de actuar.

Sacerdote a los 34 años

– *Perdone que le pregunte. ¿Por qué se hizo sacerdote?*

– Pensé que el hecho de ser sacerdote facilitaría el desarrollo de la Compañía y empecé a prepararme. Me costó porque yo no era un hombre de estudios. El capellán del hospital me enseñaba gramática y luego asistía a clase en el Colegio Romano de los jesuitas. ¡Imagínate a un hombre de 33 años en clase con chiquillos!

En aquel tiempo, para ordenarse de sacerdote hacía falta disponer de un patrimonio mínimo de 600 escudos para poder vivir con los 36 escudos anuales que rentaban. Puesto que Camilo no tenía ese dinero, porque la herencia de su padre fue su espada y su puñal, un gentilhombre que hacía caridad en el hospital, se los dio.

Camilo tenía 34 años cuando fue ordenado sacerdote en la basílica de San Juan de Letrán el 26 de mayo de 1584. Como su casa y su seminario habían sido el hospital de Santiago de los Incurables, la primera misa la celebró en su capilla.

Inicio de la Compañía

– *¿Se acabaron los problemas con la ordenación sacerdotal?*

– No. Los caminos del Señor tienen siempre su viacrucis. Con el sacerdocio comenzó una nueva etapa de mi vida y de la Compañía. Nos marchamos del hospital con alegría de los directivos y pena de los enfermos. Como recuerdo me llevé el crucifijo ante cuya imagen había derramado muchas lágrimas.

El obispo director del hospital le acusó de llevarse a los mejores trabajadores y su confesor Felipe Neri, que tenía fama de santidad, le echó en cara su osadía porque siendo «un hombre ignorante y de pocas letras sería incapaz de gobernar a un grupo de gente» y, para congratularse con la dirección del centro, renunció a ser su confesor.

Camilo y sus compañeros se instalaron en la iglesia de los Milagros, en la ribera del Tíber. Al principio dormían en el suelo, pero eran felices porque su sueño estaba a punto de hacerse realidad. El 8 de septiembre de 1582, festividad de la Natividad de María, comenzó oficialmente la Compañía.

Más corazón en las manos

– *¿Se puede decir que los enfermos son la razón de ser de la Compañía?*

– Ciertamente, es una obra de personas consagradas para el servicio integral al enfermo. Los «Ministros de los enfermos», como nos llamamos los hermanos, somos los servidores de los enfermos y ellos son nuestros amos y señores. Nuestra seña de identidad es la caridad porque, o somos caridad o no somos nada. Nuestro carisma: «Cuidar y enseñar a cuidar» y nuestro lema:

«Más corazón en las manos». Nuestro compromiso con los enfermos es a muerte, como lo han testificado muchos hermanos.

En 1588 atracó en Nápoles un barco procedente de Asia con la tripulación enferma de peste negra. Las autoridades no permitieron que desembarcaran para evitar el contagio a la población. Los hermanos pidieron permiso para subir al barco y atender a los apestados y algunos hermanos murieron; y lo mismo sucedió en la peste que, a finales del siglo XVI, asoló Roma y otras ciudades italianas.

La señal de la cruz

– *Tengo curiosidad por saber qué ha sido de la llaga en el pie.*
– Ahí sigue colaborando a mi santificación. (*Observo que en la pierna izquierda tiene otra pequeña llaga*). La llaga me recuerda a cada paso que estoy en la cruz con los pies traspasados como Jesucristo, nuestro Señor.

– *Me llama la atención la cruz roja que lleva en el hábito.*
– Queríamos algún signo exterior para que la gente nos reconociese cuando salimos por la ciudad. ¡Y qué mejor signo que la cruz! Cruz redentora de Jesús y solidaria con las cruces que llevan sobre sus hombros los enfermos. Los enfermos son Cristo vivo y nosotros somos sus cirineos.

La Compañía pasó a ser Orden religiosa por bula del papa Gregorio XIV con fecha del 21 de septiembre de 1591.

El grano de mostaza

– *¿Cómo ve el futuro de la Orden?*
– Lo explicaré apropiándome de una parábola de Jesús: «La Orden de los Ministros de los Enfermos se parece a un grano de mostaza que uno toma y siembra en su campo; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol y los pájaros del cielo vienen a ani-

dar en sus ramas». Esta parábola se ha hecho realidad entre nosotros. La siembra me ha costado muchas lágrimas y muchas noches de oración.

– *En efecto, su sueño se ha hecho realidad, pero, sinceramente, ¿en algún momento pensó en tirar la toalla?*

– No, aunque hubo motivos, pero Dios ha estado grande conmigo y con la Orden. Si nuestra humilde obra ha salido adelante es porque la dirige Dios. Él es el fundador y yo soy un instrumento. Hoy, como ayer, la Orden es un milagro de Dios y en este ámbito nos movemos sus miembros, procurando poner, todos y cada uno de nosotros, lo que está de nuestra parte para que su efecto saludable continúe y se multiplique. Los hermanos me ayudaron a superar muchos momentos difíciles y en ellos descubrí el valor, la fuerza y la importancia de la comunidad como forma de vida dentro de la Orden.

Los Ministros de los Enfermos están presentes en 35 países. Todo empezó en Roma y, como un gran fuego, se ha extendido por los cinco continentes. En 1614, ese fuego llegó a España, donde en estos momentos tiene cinco focos activos: Barcelona, Sant Pere de Ribes, Valencia, Sevilla y Tres Cantos (Madrid).

Los «camilos», pioneros en el campo de la humanización de la salud, han seguido el consejo del fundador: «En nuestra Orden son necesarios hombres doctos en todas las ciencias para ayudar a los enfermos y necesitados y cuanto más doctos seáis mejor conoceréis la joya que tenéis entre las manos y más la amaréis y la haréis crecer»).

Despedida

Me despido de Camilo agradeciéndole el tiempo que me ha dedicado, la interesante conversación mantenida y la lección, teórica y práctica, de amor a los pobres que me ha dado. Sobre todo, le agradezco la fundación de la Orden de los Ministros de los Enfermos que tanto bien ha hecho y sigue ha-

ciendo a la humanidad, porque su filosofía, su teología y su espiritualidad aplicada a sus «ministros», a los enfermos y a la sociedad tienen plena vigencia.

Entro en Internet y leo que Camilo de Lellis, fundador de la Orden de los Ministros de los Enfermos, murió en Roma el 14 de julio de 1614, a los 65 años de edad, cuarenta años después de su conversión a Dios y veintiocho después de la aprobación de la Compañía por el papa Sixto V. En 1742, Benedicto XIV lo proclamó beato y en 1746, santo. En 1886, León XIII lo nombró Patrono de los hospitales y los enfermos de todo el mundo y Pío IX lo propuso en 1930 como modelo a médicos y enfermeros.

Camilo me ha cautivado

La tarde cae y doy un paseo por las calles de Roma, pero mi mente y mi corazón siguen con Camilo. Lo veo enorme por dentro y por fuera. Temperamental y tierno al mismo tiempo. Pobre hasta el extremo con él y generoso con los demás. Hombre de Dios y de los hombres. Enfermo incurable y sanador de enfermos. Santo fuera del guion establecido, lo que, sin duda, lo hace más admirable e imitable.

Reconozco que este hombre me ha cautivado. Ahora entiendo que tantos hombres y mujeres hayan seguido sus pasos. Cuando llegue a Madrid, contaré lo que he visto y vivido en mi encuentro con Camilo y daré las gracias por haberme conectado con un personaje por el que no ha pasado el tiempo. Tiene la misma fe, la misma energía, la misma ilusión y el mismo carisma que hace cuatrocientos años, ¡que yo lo he visto!

Se oye el rumor de sus pasos

Tomo asiento en una terraza junto al Tíber y pido un café capuchino. En mi cuaderno de campo escribo estos versos:

*Vendrá...
de puntillas,*

*como los niños
cuando quieren sorprender a los mayores,
para que el rumor de sus pasos
no altere el silencio de la tarde romana.*

*Vendrá...
con los pies llagados
de tanto ir y venir
por cuarteles militares
ensayando guerras absurdas
y por garitos
de mala muerte
en los que perdió el honor
y la camisa.*

*Vendrá...
del norte
del sur
del este
y del oeste
porque el mundo es su casa
y su corazón más grande que el mundo.*

*Vendrá...
cual Cirineo
cargado con las pesadas cruces
de los enfermos que no tienen
donde caerse muertos
y de los ancianos sobrados de años
y soledades.*

*Vendrá...
como «Ministro de los Enfermos»
para humanizar el mundo de la salud
poniendo «más corazón en las manos»
y para divinizar a los pobres y los enfermos
porque son Cristo vivo.*

*Vendrá...
con su libro de estilo
debajo del brazo
a enseñarnos a cuidar a los pobres
«con amor, respeto y cariño
porque son nuestros amos y señores»
y a poner «alma, vida y corazón
en el servicio que les prestamos».*

*Vendrá...
con el Evangelio bien aprendido
y practicado
para decirnos,
con palabras de Jesús,
que «la caridad se hace con Caridad
y que ella es nuestra razón de ser
porque o somos Caridad o no somos nada».*

*Vendrá...
a nuestro encuentro,
contento y feliz,
porque ha visto
que después de cuatro siglos
sus seguidores continúan
dando vida y esperanza
a los desahuciados de la vida
y los excluidos de la sociedad.*

*Vendrá...
con paso firme
dispuesto a seguir el camino iniciado
hace cuatrocientos años
hasta lograr la utopía posible
de que los hermanos seamos más humanos.*

*Vendrá...
pero no vendrá solo*

*porque son muchos los que van tras él
siguiendo su consejo:*

*«Ponte a mi lado porque soy alto,
y te haré sombra
y te protegeré del sol».*

Camilo vendrá...

Pero, ¿cómo va a venir si nunca se fue?

¡Qué despiste el mío!

Camarero, otro capuchino para el señor.

Diez miradas sobre Camilo de Lellis

Camilo de Lellis, que es uno de los grandes santos de la Iglesia, nos muestra una forma de mirar al enfermo y la enfermedad que nos remite a la mirada de Dios. Inició una reforma sanitaria en Italia y fundó la Orden de Ministros de los Enfermos, más conocidos como religiosos camilos, presente en los cinco continentes.

La de Camilo era y sigue siendo una mirada que abarca e integra toda la realidad de la persona enferma y promueve una nueva manera de cuidar. Camilo, de hecho, fue capaz de convertir el servicio en obra de arte, y la gran sala del Hospital del Espíritu Santo en «Capilla Sixtina», en expresión de genuina belleza relacional, verdadero y admirable arte para quien encuentra en él un referente humanizador para todos los tiempos.

Además de identificarse con los enfermos, Camilo veía en ellos al mismo Señor. Por ello, la Iglesia le reconoce como patrono de los enfermos y del personal sanitario.

La presente obra, publicada con motivo de la celebración del IV Centenario de su muerte, recurre a Camilo como un gran ejemplo y educador de nuestra mirada. Un médico, una enfermera, una persona con diversidad funcional, un gestor, un experto en la ética del cuidado, una experta en la Palabra, un obispo, un joven, un periodista y, ¿cómo no?, un religioso camilo comparten su mirada sobre Camilo desde su vocación, su vida y su profesión y nos muestran la vigencia de muchas de las intuiciones de este gigante del amor y del servicio.